

Cese, dimisiones y rumores

MANUEL PIZAN

COMO en las coplas de la Parrala, que unos decían que era de Moguer, ahora unos dicen que es la apertura y el cierre de la apertura, y algunos que hasta una jugada maquiavélica de don Carlos Arias, que echa un chivo expiatorio a los lobos para mejor cazarlos luego... En fin, rumores, rumores, rumores. Tantos rumores que «los círculos competentes» hicieron constar ante la prensa que carecían por completo de fundamento los que afirmaban que la crisis no ha terminado todavía y que fueran a haber nuevos cambios a nivel gubernamental.

Los rumores, pues, fueron desmentidos. Tomemos, de todas formas, estas declaraciones en su valor nominal y expliquemos qué se decía, aunque sólo sea para romper esa costumbre de ciertos círculos de publicar a bombo y platillo que «lo dicho por Fulanito no es cierto», pero, eso sí, sin explicarnos lo que decía Fulanito.

Y lo que se decía es que dimitían también los ministros Carro y Martínez Esteruelas, así como los otros ministros económicos, y hasta que dimitía también

don Carlos Arias, que podría ser sustituido por Girón o, más probablemente, por el almirante Piña da Veiga; que dimitían otros altos funcionarios, subsecretarios, directores generales; entre ellos, el grupo «Tácito», es decir los posibilistas agrupados en torno a la Editorial Católica y los Propagandistas. La interpretación de los hechos era unánime; es decir, si me permiten ustedes el término, «biunánimes». Para el tándem «Pueblo»-«El Alcázar», aquí no pasa nada, afirmación a bocallena que deja boquiabierto al español de la calle, que tiene el irreductible convencimiento de que más bien están pasando muchas cosas. Para los comentaristas más o menos independientes es insólito el acontecimiento representado por el cese de don Pío Cabanillas y don Antonio Barrera de Irimo y las dimisiones del presidente del INI, del presidente de ENTASA, de Bugallal, de López Muñoz, de Oreja Aguirre, de Ricardo de la Cierva, de Rosón y Juan Luis Cebrián en Televisión, de Cantareo del Castillo como presidente de la Agrupación Nacional de Antiguos Miembros del Frente de Juventudes; José Luis Fernández, Rogelio Díez, Royo Villanova, Francisco Castedo, Ig-

nacio Aguirre, Oscar García, Manuel Fraile... Para la opinión catalana, la cosa está clara. «El Noticiero Universal» considera que «la impresión general es que el Gobierno se halla muy dividido» y que «la crisis no ha terminado». Para «Tele-Expres», «estas dos grandes figuras (Cabanillas y Barrera) han desaparecido de la escena política sin que conozcamos las razones (...). Sería conveniente, de todas maneras, en unos momentos en que entre todos buscamos una política de clarificación y de información —y el Gobierno el primero— que la opinión pudiera conocer las causas del cese». Para comentaristas como don José Oneto, «la salida del ministro de Información y Turismo ha sido interpretada por los órganos informativos internacionales como un duro golpe a la política de apertura». «Diario de Mallorca» es aún más tajante: «Honrada y sinceramente, ¿qué podemos esperar ahora, si el único aspecto desarrollado del programa del presidente Arias provoca el cese de su máximo y más cualificado inspirador? ¿Qué ocurrirá con el resto de los propósitos aperturistas?» En «Ya», Tácito tiene unas pocas líneas lapidarias: «Si los signos externos reflejan de

algún modo el auténtico sentido profundo de los acontecimientos, debemos pensar que una línea política ha muerto ayer.» Un editorial en el romerista «Pueblo» y un artículo de don Antonio Gibello, en su «El Alcázar» son una airada respuesta. Por cierto, en «Pueblo» sustituye como cazador mayor de brujas del reino, cargo antes desempeñado por don Pedro Rodríguez, y desde su sección «El horno», el señor Fernando Onega. Que ha conseguido la hazaña, que se hubiera juzgado «a priori» imposible, de superar a su antecesor. A propósito, tiempo ha el comentarista don Luis Apostua se reconfortaba de que un ministro de Información no esté de acuerdo con las tesis de un director de periódico —el señor Romero Gómez, de «Pueblo»— sin que «pase nada». Habría que volver la oración por pasiva, porque a don Pío Cabanillas sí «le ha pasado». Y hablando de pasar, ¿qué ocurre con el procesamiento de don Blas Piñar por atacar al señor Arias y sus «liberales», especialmente el señor Cabanillas? Un «liberal» que, si bien dio mayor margen informativo a la prensa, no dejó de controlarla estrechamente. Sería «apertura»; pero, cómo no, dentro de un orden.

HAY en todo esto un punto que me tiene, lo confieso, sumido en el mayor de los estupores. A los dos nuevos «ex» se les condecora con la Orden de Carlos III, se les colma oficialmente de elogios y alabanzas por su gestión, y además don Carlos Arias declara en Burgos que «el cambio de ministros no tiene ninguna significación ni trascendencia». Si eran unos ministros estupendos, si para el cese no hay motivos, ni significación, ni trascendencia, ¿me quiere explicar alguien por qué los han cambiado? El procurador en Cortes señor Escudero Rueda, ante la

Comisión de Trabajo, expresó también semejante desconcierto. «Creo que el país y esta comisión de trabajo tienen derecho a saber a qué ha sido debido el relevo de dos ministros.» Se le acoge con protestas. «A todos se nos antoja que esos relevos tienen un fondo político.» Mas protestas: «Creo que el presidente del Gobierno o algún ministro debiera venir a esta Cámara a explicarnos las razones del cambio; a esta Cámara, en la que orgánicamente está representado el pueblo español.» Nuevas protestas. Bien; vivir para ver.

EN fin, esperemos nuevos hechos. Don Carlos Arias tiene firmada una letra a setenta días: su compromiso de honor de sacar las asociaciones —y precisamente unas que no sean un coto cerrado— políticas antes de fin de año. Esto es algo que va a pesar fuertemente. Como también el artículo del señor Girón de Velasco en «Arriba», que precedió a las tajantes declaraciones de don Licinio de la Fuente en Burgos y del señor Labadía Otermín ante el Consejo Nacional del Movimiento, llenas de un espíritu social a lo Saló. El señor Labadía hizo un discurso de *bunker*, numantino, esgri m i e n d o «uñas y dientes» en defensa de un sistema que considera legitimado por su victoria militar del 36-39. Don Carlos Arias dijo en cierta ocasión que el setenta por ciento de la actual población española, por razones de edad, no conoció la guerra civil. Del 30 por 100 restante podemos suponer que la mitad la ganaron y la otra mitad la perdieron. Las asociaciones políticas, aun con todas sus limitaciones, es difícil que aspiren a ser cancha de un 15 por 100 de españoles mayores de cuarenta y cinco años.

Hay, lógicamente, otros muchos asuntos importantes en el país, tal vez no tan espectaculares. El tema del Sahara sigue ro-

dando, especialmente tras el respaldo dado a las tesis marroquíes por la conferencia de países árabes celebrada en Rabat. El incendio de la FASA-RENAULT en Valladolid, con diez muertos y una historia en extremo confusa. Una situación económica al borde del precipicio, con los precios subiendo y subiendo hasta lo inverosímil —¡el aceite, botón de muestra!—, mientras se funden las reservas de divisas y la bolsa alcanza las cotizaciones más bajas del año. El creciente nerviosismo ante el ejemplo portugués, al que se refería el señor Labadía en su discurso antes citado, y que es objeto de toda una campaña de prensa continuada. La impopularidad de las bases americanas. «Son más un riesgo que una protección», dice el ex ministro que las negoció en el 53, señor Castiella—, que ahora se renegocian, y que cobran nuevo valor precisamente por la democratización de Portugal y Grecia, y la inestabilidad italiana. Madrid se está llenando de agentes de la CIA, tanto para vigilar Portugal como para tener bajo estrecho control la situación española. ¿Hasta cuándo ese descaro? El Imperio, además, insiste en enviarnos de procónsul-embajador al señor Peter Flanigan, a pesar de acusársele de simonía política, la compraventa de embajadas. Las huelgas... citarlas todas sería una letanía; los bolsillos empujan. Los ilegales partidos políticos, en plena ofensiva. Las cárceles: ha vuelto a haber descontento entre los presos políticos de Zaragoza. Y etc., etc., etc.

Y doña Pilar Franco Bahamonde dice: «Estoy deseando que mi hermano descanse y pase sus últimos años en esa tranquilidad que no ha tenido desde que salió como oficial a los diecisiete años. Nuestra ilusión es que haga en ellos lo que le plazca, sin esas enormes preocupaciones que hoy da ser el Jefe del Estado.» ■